

EL SITIO DE CARTAGENA: UNA MIRADA DESDE LA OTRA ORILLA

105 días: El sitio de Pablo Morillo a Cartagena de Indias

Rodolfo Segovia

El Ancora Editores, 2013, 323 p.

Esta nueva obra de Rodolfo Segovia, autor de destacados trabajos sobre Cartagena y el Caribe, se inscribe en la numerosa historiografía nacional y regional sobre el sitio de Cartagena de Indias por Pablo Morillo en 1815, que inició la reconquista española de Nueva Granada (1815-1816) y puso fin a la Primera República granadina. Está dividido en diez capítulos, además de un preámbulo y una nota de presentación. Lo completan sendos índices onomástico y biográfico, y relaciones de la Composición del Ejército Expedicionario de América, y de la documentación y bibliografía utilizadas.

La obra, en palabras de su autor, se esfuerza «por analizar las operaciones del Ejército Expedicionario de América, metamorfoseado en el Ejército de Costafirme en la Nueva Granada, antes y después de la Expugnación de Cartagena de Indias en 1815». El tema se desarrolla en dos partes que se sostienen y pueden leerse por sí solas, sin por ello perder coherencia la obra. Los primeros cuatro capítulos presentan una visión panorámica en sincronía del imperio español a finales del siglo XVIII y primeras décadas del XIX y de sus “colonias” de ultramar, e introducen al lector en el tema principal desarrollado en la segunda parte. Los seis capítulos siguientes constituyen el asunto de fondo: el sacrificio de Cartagena en 1815 durante 105 días de sitio que destruyeron la puerta antemural del virreinato y dieron al traste con la Primera República. Esta parte es analizada desde los relatos y documentos de los sitiadores, lo que constituye una verdadera novedad historiográfica.

La primera parte presenta la situación de España desde el ilustrado Carlos III; sus intrincados asuntos dinásticos y posición de España dentro de la geopolítica europea en asimétrica relación con Francia y frente a Inglaterra; las derrotas del Cabo de San Vicente y de Trafalgar, donde pierde su flota; la extensión del imperio, los metales preciosos de América y el declive económico y político en las últimas décadas del siglo XVIII. Al tiempo, muestra las ocurrencias en América con las reformas militares borbónicas en el Caribe y en Cartagena.

La independencia pasa como una ráfaga: la eclosión juntera, Quito, Caracas, la próspera Cartagena de Indias, Buenos Aires, el Estado cartagenero, sus conflictos y contradicciones. Desfilan ante nosotros el aristocrático García de Toledo, los revolucionarios hermanos Piñeres, el aguzado militar Anastasio Zejudo, el octogenario mariscal de campo Antonio de Narváez con el peso de su indiscutible autoridad y muchos otros. Concluye este abigarrado abrebocas con Bolívar, el futuro Libertador, quien a finales de 1812 llega derrotado a Cartagena pero ya con una visión de Colombia. Sus comienzos bajo Labatut, audaz coronel francés que trata de atajarlo en su fulgurante carrera hacia la recuperación del Magdalena y primera liberación de Venezuela en la Campaña Admirable; sus desavenencias con el esforzado pero poco avisado Manuel del Castillo, sobre quien el autor trata de componer la pobre visión que de él presenta la historiografía.

La segunda parte de la historia es la verdadera novedad, pues el relato y el análisis de la invasión se fundamentan en numerosos documentos de archivos españoles, desconocidos hasta el momento. Comienza con la vuelta a España y reasunción de la soberanía por Fernando VII, «el deseado» rey, que poco conocían y harto idealizaban los españoles peninsulares y americanos. Transcurre lenta y pesada la dilatada y difícil preparación del ejército expedicionario para recuperar los territorios insurrectos de América, cuando España estaba agotada y quebrada después de la guerra de independencia contra Napoleón. De no haber contado con la financiación de los comerciantes gaditanos, a través de la Comisión de Arbitrios y Reemplazos del Consulado de Cádiz, que apoyaban la invasión para no perder sus negocios y lucrativo monopolio del comercio con América, quizá no se habría podido organizar la empresa. Al final ayudó un crédito del Estado.

Empieza a mostrarse la pericia y experiencia del Teniente General Pablo Morillo en la escogencia de los efectivos y la organización del ejército. Segovia lo describe como «un competente oficial que había aprendido bajo los mejores maestros y contra formidables enemigos a dirigir la guerra haciendo la guerra, sin más tránsito vital que el castrense desde los quince años... había hecho una fulgurante carrera de sargento a mariscal de campo en el corto lapso de seis años durante la guerra contra Napoleón... Su virtud [era] la obediencia,...su orgullo el patriotismo» (Segovia, pp. 125 y 127). Le acompaña como segundo Pascual Enrile, avezado marino, jefe del estado mayor y comandante de la escuadra, quien permanecerá la mayor parte del sitio en la nave insignia, la fragata Diana, al frente del bloqueo de la Plaza y de la protección de los suministros. Ilustran el relato minuciosos cuadros

sinópticos con la composición de los contingentes del ejército: comandantes, oficiales y tropa, cuerpos de infantería, artillería, caballería e ingenieros, para un total de 10.467 hombres que zarparon en 1.492 embarcaciones armadas, entre fragatas, corbetas, goletas, barcas y faluchos.

La llegada a la isla de Margarita el 7 de abril de 1815 y el encuentro con el sanguinario Morales y sus 700 pardos venezolanos entrenados en la Guerra a Muerte contra Bolívar, no permite aún presagiar la suerte de Nueva Granada. El astuto Arismendi gana tiempo fingiendo lealtad... La organización de las fuerzas, ahora metamorfoseadas en el «Ejército de Costafirme», se describe en detalle. Después de enviar 1.600 hombres al Perú, Morillo comienza la integración del ejército con efectivos españoles y contingentes americanos, entre ellos tropas de Puerto Rico. Morales comandará 2.954 hombres. Después de destinar un contingente para defender a Venezuela el ejército zarpa hacia Santa Marta el 12 de julio. Allí recibe refuerzos hasta completar 7.130 efectivos de infantería, caballería, artillería y zapadores.

Morillo contaba con las tropas americanas, aclimatadas, para reforzar a sus pálidos europeos a quienes protegía del sol y la mucha humedad. Él mismo se guarecía bajo un paraguas verde. Pero el medio ambiente no tuvo compasión; la viruela, las fiebres tercianas (paludismo), el vómito prieto y la disenteria dieron cuenta de europeos y americanos. Los hospitales de Sabanalarga y alrededores de la ciudad se llenaban. Con minuciosidad se describe el aprovisionamiento, ahora más complicado por haberse perdido la caja de caudales en el incendio del navío San Pedro Alcántara. La incautación de cabalgaduras y ganados en la provincia de Santa Marta y en Riohacha fue exhaustiva pero los fieles samaritanos con Francisco de Montalvo, Capitán General del virreinato, a la cabeza fueron generosos con quien consideraron su salvador de los desmanes de Cartagena.

Finalmente comienza el ataque por tierra y el bloqueo por mar. Bien dibujados mapas muestran el trayecto del ejército que parte de Santa Marta e invade la provincia cartagenera por Tierradentro, el 11 de agosto. En septiembre sucumbirá Barranquilla bajo el fuego y las llamas. Mompox tendrá mejor suerte, su conquistador no la quema. En el mar, Enrile sigue el derrotero de Fidalgo. Morillo desembarca en Arroyo Grande el 19 de agosto y comienza a cerrar la tenaza sobre la Plaza. Las haciendas cercanas no quemadas por los cartageneros le sirven de cuartel, y en Turbaco, más fresco, se acantonan las tropas. Desde la casa de Torrecilla, en un alto, se abarca el panorama de la ciudad sitiada y de la flota surta en

el mar con dificultades. Se acerca diciembre y los vientos desarraigan las anclas. Morillo espera, bien sabe que a Cartagena, defendida por 1.600 veteranos bien atrincherados, sólo se la rinde por hambre. Conoce sus planos y fortificaciones y sabe que es inexpugnable.

Dentro de las murallas, entretanto, la situación se complica en extremo. Lo que sigue se conoce y su relato no es novedad. Los víveres escasean. Burros, perros y cueros de tenería alimentan a los cadavéricos habitantes. A Manuel del Castillo, a pesar de sus esfuerzos, las circunstancias lo desbordan. Se dice que quiere entregar la Plaza. Ido Bolívar a Jamaica, sus tropas, comandadas por Bermúdez, deponen al cartagenero y se hacen cargo de la defensa. Son combatientes que vienen de la Guerra a Muerte y se obstinan en mantener la Plaza a todo trance. Con ellos llega el futuro Mariscal de Ayacucho, el joven Antonio José de Sucre, y otros oficiales que años más tarde derrotarán a los ejércitos del Rey.

Constituye un aporte nuevo la noticia sobre el enorme número de bajas del Ejército: 3.125 entre muertos en combate, desertores y fallecidos por las enfermedades del trópico, el 44% del ejército al que se le pasó revista en Santa Marta el 27 de julio de 1815. Igualmente novedoso es saber de varias de las embarcaciones que lograron vencer el bloqueo y llevar alimentos que mantuvieron con vida a los sitiados esperanzados que el viento obligara a la escuadra a levar anclas. No les alcanzaron las fuerzas. Cuando al fin evacuaron la ciudad el cinco de diciembre, engañados por los sitiadores con el pabellón de Cartagena, entraron con víveres siete goletas, un bergantín y otra embarcación provenientes de las Antillas. «El recuento es casi que doloroso... Cayó la ciudad y cayó la Nueva Granada, y la suerte de Cartagena quedó sellada por un siglo de deplorable decadencia» (Segovia, p. 282).

El estilo ágil y ameno del autor, casi coloquial, lleva al lector a través de una historia que no por muchas veces contada deja de conmover. La gran novedad es su narración desde la mirada del invasor, que muestra, contrario al monstruo pacificador descrito en la historiografía tradicional, al militar experimentado, disciplinado, leal a su Rey, responsable y cuidadoso de sus tropas. Su inserción, como armando un rompecabezas, en el contexto global de España y Europa aclara y explica la situación vital de Cartagena, en un estudio de amplio espectro, que no encontramos en otros relatos sobre el mismo tema que se circunscriben al acontecimiento. Las consecuencias de la expugnación de Cartagena apenas se han estudiado en forma generalizada. La pérdida de más de la tercera parte de la población de la provincia y la ciudad, la destrucción de su economía y su impacto en la actual región Caribe, son temas que merecen investigarse en profundidad.

Finalmente, cabe destacar la minuciosidad de la investigación. Segovia logra bien la articulación de numerosos archivos, artículos y bibliografía. El anexo con las biografías de los actores de la historia es un valioso aporte, al igual que las precisas relaciones de efectivos militares y navales, armamento y trayectoria del ejército y la escuadra, ilustrado todo con didácticos mapas y cuadros sinópticos.

ADELAIDA SOURDIS NÁJERA